

Vicente Gerbasi

Oscuridad en luz transmutada

Un año de su muerte se cumple hoy, día de los Inocentes. Su obra, mágica síntesis de los opuestos complementarios —día y noche, luz y oscuridad— reafirma, con el tiempo, el lugar que ocupa en nuestra poesía

Maritza Jiménez

“Como un rumor de animales/ a la orilla del pantano”, llegó el día. Oscuro y sonoro como la noche hacia la que el alma avanza. El día en que Vicente Gerbasi se nos fue, en la certidumbre más clara de su legado. El poeta “con su andar de nubes”, como lo definiera Ludovico Silva —hoy seguramente reencontrados en el espacio de lo indecible— en uno de los más lúcidos ensayos sobre la obra del autor de *Mi padre el inmigrante y Los espacios cálidos*. “Un filósofo de la realidad”, como también lo vio Silva, pues “la filosofía ayuda a la poesía, cuando se lo propone en serio”. Y, en efecto, la poesía de Vicente Gerbasi, con su canto iniciático a la Naturaleza, con convocatoria de las fuerzas oscuras que entre nosotros abre puertas a la modernidad es, por encima de todo, eso tan reclamado para ocupar el lugar que nos corresponde: un pensamiento propio; una posición ante la vida. Oscuridad que hacia la luz avanza.

Markado por los sonidos, los aromas y el paisaje de Canoabo, su aldea universal, Vicente, suele decirse, señaló nuevos rumbos en el panorama de los '40 y siguientes. Afirmación no pocas veces acomodaticia, que Vilma Vargas, en su *Devenir de la palabra poética* (EBUC, Caracas, 1980), precisa: “Gerbasi se atreve a romper la solidaridad gramatical, que aunque es un elemento utilizado por la estructura de la poesía romántica, en nuestra poesía no lo habíamos encontrado hasta ahora”, afirma al referirse a la generación que entre 1937 y 1959 emerge a nuestras letras. Son los años en que *Viernes*, como grupo, entrega su renovador legado, inspirado en las fuentes de la mejor tradición alemana: Holderlin, Novalis, Rilke, entre otros. “Gerbasi —añade VV en su estudio— quien aparece como el que logra traspasar en mayor grado la barrera aquella en que un término usado entra en el plano que podríamos llamar ficción. Casi podríamos decir que nuestra poesía, con él, se asoma, al fin, a la imagen arbitraria” (subrayado nuestro).

En ese sentido, Vicente Gerbasi repitió en más de una oportunidad que “la poesía es un programa estético basado en el lenguaje”, y recordaba con no poca frecuencia el legado por el que su generación se abrió paso: el romanticismo, y su derivación aquí enraizada: el modernismo: Darío, Martí o el mismo Neruda. “Nosotros —decía, refiriéndose a *Viernes*— éramos tan eclécticos en ese momento de todos los ismos, que no estuvimos de acuerdo con ninguno. Hubo dos poetas, Luis Fernando Alvarez y José Ramón Heredia, quienes se acercaron al surrealismo. Todos los demás simplemente comprendimos, entendimos, pensamos, que era necesario darle un gran vuelco a la melancólica poesía romántica que se hacía en nuestra América Latina. Nosotros continuamos a Rubén Darío, a José Asunción Silva, al Neruda de los 20 poemas de amor. No rompimos con el modernismo, no señor, pues como dice Guillermo Sucre en su brillante ensayo de introducción a la *Antología de la poesía hispanoamericana*, ¿qué hubiera sido de nosotros si no hubiéramos tenido esa mágica línea poética de Rubén Darío?

“Y no saber a dónde vamos/ ni de dónde venimos”, se plantea el gran nicaragüense, a lo que Gerbasi, con esa absoluta ausencia de certezas que es la poesía, en un libro ya clásico, que lo emparenta con la mejor tradición de Jorge Manrique, se responde: “Venimos de la noche y hacia la noche vamos”. Pero no hay respuestas en su poesía. Sólo un continuo indagar en lo más ignoto, la noche como máscara y alter ego de lo inabarcable. Es ella, esa oscuridad hacia la que el alma avanza, la que acrecienta la conciencia de la soledad del camino que confirma el surrealismo y que ya María Grubber —a quien Gerbasi amaba citar— sostenía con su frase “cada cual vive su propia vida y muere su propia muerte”. Conciencia de la soledad. Melancolía del tránsito. Por ella, el ser se mira en el paisaje y sus



Vicente Gerbasi: el poeta de nubes, como lo viera Ludovico Silva en un ensayo único

múltiples rostros, cuando la oscuridad los transmuta: “La noche ha quemado el maíz/ ha apagado los metales,/ ha liberado los reflejos azules de la selva, de la hoja/ Una resonancia, un resonancia oscura es mi corazón”.

El agua puede ser otra de esas múltiples máscaras de la noche: la muerte, el agua oculta y detenida, “yerta en los siglos, sin ojos para el hombre,/ aguas para sí solas y los muertos”. Pero igualmente es símbolo de la luz y la vida que, por encima de todo, ha de sobrevivir al poeta y su palabra: esa alegría que se abre paso como luz entre las sombras, a la que Emily Dickinson, “con labios de granito”, cantaría aún después de la muerte, pues “la noche del milagro espera en nuestras almas/ porque en nosotros duerme la rama del relámpago”. Así, frente a las aguas estancadas, están la lluvia y el rumor del río. Y el poeta, “habitante del sonido”, se sabe perteneciente “a este silencio del canto/ donde la lluvia dejó asomar algunas flores”.

Oscuridad y luz. Vida y muerte. Pares opuestos de una dialéctica que en la poesía de Vicente Gerbasi encuentra mágica síntesis. Opuestos que, en su trasfondo ontológico, son “uno y el mismo”, afirmaba Heráclito. El oscuro. El melancólico.